



La Rosa en la Oscuridad

Una novela de las Adepta Sororitas

Danie Ware

minotauro



La Rosa en la Oscuridad

Una novela de las Adepta Sororitas

Danie Ware

minotauro

La rosa en la oscuridad

Published by Black Library, 2023
Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

The Rose in Darkness, La rosa en la oscuridad, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.

Originally published as *The Rose in Darkness*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Mora, 2024
Ilustración de la cubierta: Jan Drenovec
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1860-6
Depósito legal: B. 13.888-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

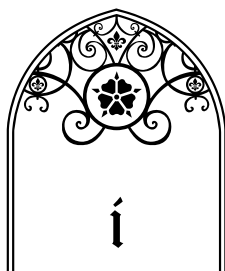
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Insíbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



LA ESTRELLA DE LA VICTORIA

El carguero flotaba inmóvil, una silueta ínfima en comparación a la amplia y rayada curva del anillo del planeta. A ambos lados de la parte inferior, el resplandor de los lúmenes dejaba ver las cápsulas de salvamento y sus lanzadores dispuestos en línea, silentes. En las hileras superiores, las puertas hidráulicas de las cubiertas de artillería permanecían cerradas a cal y canto. La luz de Denar Alpha captó la antena de transmisión e iluminó brevemente la cubierta de observación, lo que reveló el rostro serio y lleno de cicatrices de su capitana. Si la luz hubiera penetrado aún más, siguiendo el retumbar paciente de los motores de la fragata, dejando atrás las escotillas y las escaleras, habría llegado a los rincones más profundos y oscuros de las entrañas de la nave; no al reactor de fusión, que seguía ardiendo para darle vida a la enorme nave, no a la capilla con sus estatuas sagradas, sino al pantoque oscuro de su casco interior y a las cosas que flotaban en su interior.

Aquí quizás se hubiera parado un instante para palpar las hileras de columnas de ferrocemento, los pasajes oxidados, los cables desgajados y las cascadas de chispas. Y quizás se hubiera

detenido por completo al oír el sonido de un himnario sagrado que resonaba armoniosamente por el agua.

—*A spiritu dominatus. Domine, libra nos...*

Vadeando la quietud helada, aparecieron cinco personas ataviadas con armaduras rojas y dispuestas en forma de flecha, todas con un arma en ristre. De las armaduras manaban cinco focos que atravesaban la oscuridad y, en la punta de la formación, un único auspex emitía un brillo verde. Unas túnicas blancas y negras ondeaban a espaldas de todas ellas, generando olas en la superficie del agua y empapándose de la suciedad. Habían pasado veinticinco años solares desde la schola, pero la hermana superior Augusta Santorus todavía sentía fiereza y dicha cuando veía avanzar a su escuadrón y cuando oía la pureza del himno de batalla de sus hermanas.

—*Del rayo y la tempestad...*

A su alrededor, casi demasiado grave para oírlo, vibraban los ecos retumbantes de los motores de vacío de la nave. La *Estrella* había viajado sin anomalías desde el Convento Sanctorum de Ophelia VII, y Augusta daba gracias al Emperador por la fuerza y el espíritu de la fragata.

Y por la bendición de esta nueva misión.

—*Emperador, libranos...*

Una oleada de emoción, una plegaria de puro regocijo. Por primera vez en más de una década, la *Estrella* no la estaba transportando al exterior, a planetas invadidos de alienígenas, al vómito y las babas del enemigo, a mundos de oscuridad química y muerte por doquier, ni siquiera a catedrales derruidas y a sus profundidades espantosas y llenas de sangre. Esta vez no.

Esta vez, el Emperador la llevaba al interior, a la frontera más cercana del Segmentum solar, a Opal, un planeta de santuarios y luz.

—En el nombre del Emperador, hermana superiora—había dicho su canonesa—, te has esforzado mucho, y para bien. Te has enfrentado a Sus enemigos en todos los Segmentum y has regresado con honores. Has superado las pérdidas y el dolor y los derramamientos de sangre y el horror. Y, ahora, el Emperador tiene otra misión para ti.

Elvorix Ianthe tenía un alma valiente y pura, y la contención austera de quien ha sido guerrera toda la vida. Pero, a menos que fuesen imaginaciones de Augusta, prácticamente lo había dicho sonriendo.

—Una misión —había dicho— que seguramente te emocione.

Los motores de la *Estrella* rugieron cuando la fragata viró ligeramente para alinearse con la órbita del planeta y colocarse en posición. Las hermanas desembarcarían dentro de poco y llegarían al planeta a media tarde. Su misión era breve y probablemente la dieran por terminada en el mismo día. Aquí había pocos enemigos a los que enfrentarse.

No, aquí solo lo encontrarían a Él, y al cráneo de San Veres, el héroe y mártir más bendito del Imperio. Aquel que había derrocado al eclesiarca traidor y había salvado el planeta Opal. El cráneo era de la Era de la Apostasía y, debido a los informes que denunciaban disturbios en la capital, Augusta debía llevárselo para guardarlo en un lugar seguro.

En el lado contrario de la formación, la hermana Viola Tagnar, siempre tan impulsiva, masculló un improperio.

—¿Dónde están? —preguntó por el transmisor. Su bólter pesado, tres veces bendecido, llevaba inscrita en los cañones una filigrana de plegarias sagradas que resplandecía bajo la luz de los chisporroteos.

Como respuesta, la hermana Caia de Musa agitó el auspex y se encogió de hombros.

—Creo que quieren ser discretos.

El aire era frío, oscuro y cortante, y se congelaba como cristales al tocar las hombreras de Augusta. Rechinaba con un vacuo titánico, con una resonancia extraña y helada que le ponía el vello de punta. Sus piernas no paraban de chocarse con cosas: cosas podridas, cosas sin ojos. En algunos puntos, las chispas caían como cascadas irregulares y cada chiribita brillaba un segundo antes de desaparecer en el agua. Algunas caían sobre su armadura escarlata y resplandecían con fuerza antes de morir. Otras chocaban contra su bólter o su espada sierra, o dejaba unas leves quemaduras en las rosas de su túnica.

—Estarán más adelante —replicó Augusta—. Si han bajado por las escaleras del cuadrante delta, el auspex los reconocerá.

—Seguid en guardia, hermanas mías —dijo la hermana Alcina Leiva, la segunda al mando del escuadrón. Posicionada al otro lado de Viola, sonó cortante y precavida—. No pueden estar lejos.

—Hermana Melia —dijo Augusta—. Vigila la retaguardia.

—Sí, hermana. —Junto a la hermana superiora, la hermana Melia Kaliyan echó mano al lanzallamas y giró su armadura de luz hacia la oscuridad que se extendía a sus espaldas.

Caia avanzaba a paso lento, y Augusta y las demás la seguían. El agua le llegaba a la hermana superiora hasta las espinillas y rozaba la espada sierra que llevaba atada magnéticamente, pero sujetaba con firmeza el bólter.

—*De la peste, la tentación y la guerra...*

—Alto.

Caia se detuvo, la luz de su auspex resplandecía. Expuesta y sin posibilidad de ponerse a cubierto, Augusta cayó sobre una rodilla y ordenó a las demás a hacer lo mismo. Las cinco se arrodillaron en silencio mientras las aguas de la cloaca se removían y salpicaban.

—*Emperador, libranos...*

Había cosas que salían a la superficie, flotando hinchadas, pero todas estaban muertas y no eran de importancia. Augusta tardó tres segundos completos en repasar lo que la rodeaba. El espacio era casi incomprensiblemente descomunal: una cavidad monstruosa donde no se veían las paredes ni el techo. Unas columnas grises se alzaban como si fueran soldados en un desfile interminable que se sumergía en la distancia. Algunas todavía derramaban luz, unos charcos diminutos que nacían de lúmenes medio rotos y que se reflejaban en el agua; otras tenían paneles destrozados o pantallas quebradas. Algunas aún tenían escaleras oxidadas o andamiajes de metal combado.

Una situación ideal para los enemigos que no querían ser vistos.

—Hermana Caia —dijo Augusta—. ¿Cuál es nuestra situación?

Caia movió el auspex para hacer un escaneo de ciento ochenta grados.

—No hay nada, hermana. Nada que parezca un enemigo ni ningún signo de amenaza inminente.

—Compruébalo de nuevo —exigió Alcina en tono sombrío. Caía repitió el movimiento y obtuvo el mismo resultado.

—No sale nada, hermanas —repitió—. Y el espíritu del auspex funciona correctamente. Supongo que están fuera de alcance...

—O están quietos —dijo Viola.

Alcina soltó un resoplido leve pero sentido.

—Sabemos que están aquí —dijo a través del comunicador grupal—. Pero no sabemos por dónde se han desplegado. O cómo van a atacar.

Augusta no respondió. Bajo el casco, empezaba a picarle el tatuaje de la flor de lis por culpa del sudor.

—*Del horror alienígena...*

Apretó con más fuerza el bólter. El peso del arma la hacía sentirse bien, fuerte y reafirmada. Formaba parte de ella tanto como las plegarias y la fe que sentía. Era la presencia del Emperador en la oscuridad, que aguardaba para descargar su canción.

—*Emperador, libranos.*

Augusta echó un vistazo por su mirilla térmica y observó el andamiaje, pero no había nada. Ni calor ni calidez. Ninguna luz rojiza que mostrara la ubicación del enemigo. Las chispas brillaban fugaz y gloriosamente, encandiladas, pero las amplias entrañas de la nave estaban vacías, no eran más que una extensión infinita de un frío casi uniforme.

Viola emitió un bufido impaciente.

—¿Cuáles son las órdenes, hermana? —preguntó—. ¿Seguimos avanzando?

Augusta no respondió, simplemente siguió rezando y observando. El enemigo podía estar en cualquier parte, ahí abajo, acechando en silencio y escondido. Podía haberse guarecido tras una columna. Podía estar observando el avance de las hermanas, pendiente del leve destello del auspex, midiendo las olas en el agua. Podía estar incluso sumergido, quieto y en silencio, ocultando su calor.

Parecía que había ojos observándolas desde todos los ángulos y detrás de cada sombra.

—Hermana superiora. —Viola llevaba el bólter pesado en el hombro y lo movía de un lado a otro con cuidado—. ¿Las órdenes?

—Sabemos que son inteligentes y que conocen nuestro armamento —intervino Alcina, aún pensativa. Empleaba una voz tranquila, pero había un tono de advertencia, lúgubre y considerado—. Además nos superan en número. —Hizo una pausa, dejó escapar el aire y añadió—. Hermana Augusta, ¿puedo aconsejar que sigamos?

—Hermana Caia —dijo Augusta—. ¿Tienes la ubicación del objetivo?

—Sí, hermana.

El auspex volvió a brillar. Unas chispas manaron y cayeron como lluvia naranja sobre la armadura de Augusta. Una acertó en su túnica y provocó una pequeña voluta de humo.

—Te seguimos a ti —dijo Augusta—. Pero tened cuidado. Bajo ninguna circunstancia permitiremos que el enemigo se coloque a nuestra espalda. Viola, a tu puesto.

—Sí, hermana.

—*De la blasfemia de los Descarriados...*

La plegaria de batalla ancestral se alzó de nuevo, y la hermana Viola se puso en pie para avanzar por las aguas de la cloaca y dejar a Caia atrás. Augusta y el resto del escuadrón se abrieron hacia los lados adoptando de nuevo la formación en flecha. Su paso removía las cosas hinchadas, azules y blancas y podridas. A pesar de todo, la hermana superiora miró hacia abajo y recordó la primera misión de la schola, cuando aún era una novata que no había visto la sangre. Al igual que entonces, había cosas perdidas, hinchadas, a medio comer u oxidadas por la corrosión más absoluta. Algunas todavía tenían cuencas que miraban con reproche; otras tenían bocas abiertas para siempre y que ahora se llenaban de porquería.

Pero ella era Augusta Santorus, y había visto cosas peores. Las había visto y las había matado.

—*Emperador, libranos.*

El tono contralto de Alcina resonaba con fe y concentración. El escuadrón cantaba con ella y avanzaba a paso constante.

Pero no veían nada.

La oscuridad se cernía sobre ellas y generaba un sonido fantasmal. El rugido leve y distante de los motores de la nave se antojaba un latido potente y lento; los suaves crujidos de la vida y el movimiento de la máquina. Ahí abajo, las hermanas estaban lejos de las venas metálicas de la nave, esos pasajes y túneles; estaban por debajo de las cubiertas de artillería y de las cápsulas de salvamento, siempre pacientes. La *Estrella* parecía una especie de ser vivo enorme que respiraba y gemía mientras se colocaba en su sitio.

—Alto —repitió Caia. Todavía portaba el auspex en la mano, pero este no mostraba ningún movimiento—. Hermanas, hemos llegado a un cruce. La columna 2470 es un marcador, y la ruta más corta hacia nuestro objetivo está en línea recta desde aquí. O podemos girar a la izquierda y seguir junto al casco de la nave, pero el camino será más largo. Hermana Augusta, ¿qué debemos hacer?

—Tomaremos el camino más corto —respondió Augusta—. Hemos dejado sola a la hermana Akemi y nos estamos quedando sin tiempo. Akemi, ¿ves algún enemigo?

—*No, hermana.* —Desde el extremo contrario de la vacuidad del casco, llegó la voz de la hermana más joven, Akemi Hirari, firme al oído de Augusta—. *Si el Emperador me bendice y veo algo, os alertaré.*

—Muy bien —dijo Augusta—. Entonces, en Su nombre, avanzaremos por el camino más corto.

—De acuerdo.

Siguiendo el auspex de Caia, el escuadrón siguió caminando bajo las columnas gigantes que las hacían sentir como manchitas escarlata.

Pero no vieron nada. Solo los charcos de luz de las columnas; solo las cuencas de los muertos flotantes cuando las hermanas apartaban a patadas los cadáveres que salían a su paso. Augusta

encendió su mirilla térmica y fue escaneando por el camino. Estaba convencida de que había pasado algo por alto. En aquel espacio enorme y vacío, su avance era sonoro, iban cantando, y salpicando como toques de corneta: «¡Temednos, pues aquí estamos!». ¿Por qué no las habían atacado? ¿Iría el enemigo por Akemi?

—*De los engendros demoniacos...*

Augusta siguió avanzando, protegiéndose tras las columnas cuando le era posible. Su misión era clara y, como siempre, el fracaso no era una opción. Si no conseguían su objetivo y aniquilaban al enemigo, perjudicarían el honor del escuadrón, su reputación y la de la Orden de la Rosa Sangrienta...

—*Emperador, libranos.*

—Nada aún —dijo Caia.

Las manos de Augusta empezaron a sudar embutidas en los guanteletes. Se aferraba al bólter tal como se aferraba a su fe, con fuerza y castigo divino. Sabía que el enemigo estaba ahí abajo, sabía que tenían que localizarlo. Había tomado la decisión de dejar sola a Akemi en lugar de poner en peligro su capacidad de avance. ¿Estaba el enemigo en estos instantes planeando una emboscada en la oscuridad y esperando a que las hermanas se acercaran?

—¿Hermana Melia? —La hermana Alcina había hablado de nuevo con amabilidad, pero había cierto tono de urgencia en la voz. Su tensión también era palpable, incluso a través del vox.

—*De la maldición de los mutantes...*

—Nada aún, hermana —respondió Melia—. Sospecho que están en la superficie. Encontrarlos en este...

—El Emperador está con nosotros —respondió Augusta impertérrita.

—¡Esperad!

Era la voz de Caia, un leve rugido de advertencia. El destello verde de su auspex se había tornado claro, mucho más brillante que antes. Una miríada de lucecitas resplandecía en el aparato: estaban lejos, pero era evidente que no eran más cosas flotando.

—¡Apagad las luces! —La orden de Alcina fue contundente.

Sin dilación, las luces de las armaduras se apagaron, y Caia dejó el auspex en la funda imantada de su cinturón. El himnario se acalló, el aliento contenido, y las cinco se detuvieron al unísono.

Escuchando.

Durante un largo instante, Augusta no oyó nada..., nada que sonara como movimiento. El vox parecía emitir un viento que no existía, los crujidos lentos y metálicos del casco del barco eran casi una melodía suave que acompañaba el desplazamiento de la enorme nave. El golpeteo del motor se había calmado hasta convertirse en un latido leve y acompasado.

Ahí... ¿Era un chapoteo?

Había algo que se estaba moviendo. Buscando. Reptaba hacia delante en auténtico silencio, a pesar del agua.

A través del vox, Caia dijo:

—Veo luces a una distancia de quinientos metros, avanzando en un ángulo de ciento sesenta y cinco grados... Están a nuestra espalda.

—¡Por el trono! —maldijo Viola.

—Caia —ordenó Augusta—, ve a la columna a tu izquierda, sube la escalera y asómate desde el andamio. Quiero una dirección clara, números, trayectoria. Dime exactamente dónde están.

—Se dirigen adonde se encuentra Akemi —dijo Viola. Augusta le había pedido a Akemi que mantuviera la posición en la retaguardia, ya que necesitaba un ataque fuerte en forma de flecha para conseguir el objetivo.

—Estoy de acuerdo —dijo Augusta—, pero debemos asegurarnos. Quiero un barrido exhaustivo y un recuento de efectivos. Quiero saber dónde está cada uno de ellos, con qué van armados y hacia dónde se dirigen.

—De acuerdo.

Caia corrió hacia la escalera. Estaba oxidada allí donde se encontraba con el agua, pero la hermana se agarró a los peldaños superiores y se aupó hasta que sus pies palparon el metal sólido. Unos instantes después, se encontraba en el andamiaje, que crujía bajo el peso de sus botas.

—Hermana Akemi —informó Augusta—, tienes visita.

—*Entendido, hermana. ¿Dirección?*

—Justo enfrente —respondió Caia—. En dos minutos. Si el Emperador quiere, nosotras llegaremos antes al objetivo.

Como respuesta, Akemi entonó una plegaria.

—*Emperador nuestro, entregadnos.*

El metal se quebró y rasgó, y Caia soltó un impropio. La plataforma se estaba despegando de la pared. La hermana se tambaleó, pero recuperó el equilibrio. Las chispas le cayeron encima e iluminaron su armadura escarlata como si fuera una baliza errática.

—Escanea, hermana —le instó Augusta.

—Avistamientos confirmados: tres ubicaciones. Un escuadrón junto al objetivo, son cuatro. Y hay dos patrullas en movimiento: una detrás de nosotras, dispersada para cubrir todo el terreno; y la otra está esperando en un punto de emboscada en el extremo de mi pantalla. —Hizo una pausa—. Es un buen sitio, pero han cometido un error. Esperan que vayamos en paralelo al casco. Mi consejo es no plantarles cara. Es mejor que los rodeemos y consigamos nuestro objetivo.

—¿Cuántos son?

—Seis en cada patrulla.

—Muy bien —afirmó Augusta—. Caia, Viola, conmigo. Seguiremos avanzando. Evitaremos la patrulla de vigilancia e iremos directas al objetivo. Mantén el auspex escondido a menos que no quede otra opción. Melia y Alcina, retroceded y eliminad a la patrulla que tenemos a la espalda.

—¿Es sensato que dividamos tanto nuestras fuerzas, hermana? —preguntó Alcina—. Akemi ya está sola.

—Somos Adepta Sororitas —respondió Augusta sin más—. El Emperador camina con nosotras, y nosotras somos suficientes.

—Entendido.

Caia se descolgó de la escalera y aterrizó con el bólter el ristre, salpicando agua.

—Deberíamos virar unos diez grados —aconsejó—. Para asegurarnos. Tan silenciosas como sea posible y siguiendo las

columnas. Son los marcadores del Emperador y serán las que nos muestren el camino. —Augusta casi oía su sonrisa ladina—. ¿Y cuatro guardias? Deberían haber apostado veinte.

Las hermanas se movieron en silencio.

—*A morte perpetua...*

El himnario lo cantaban ahora en silencio, pero la música seguía fluyendo por el vox, ya que les aportaba coordinación, devoción y unidad. Abriéndose camino a través del agua, Augusta se movía con una suavidad urgente. Caia y Viola la seguían.

Dejaron atrás un servidor oxidado, todavía en posición vertical, cuyos sensores averiados no paraban de parpadear. Tenía abierto un ojo, un destello espeluznante de conciencia. La criatura profería una letanía incesante que repetía una y otra vez. Dejaron atrás un carrito flotante con más agujeros que acero. También dejaron atrás un cuerpo inerte, sin rostro y a medio comer. Y las columnas se seguían sucediendo, como un desfile eterno de Titanes.

Poco a poco, los crujidos de la nave fueron desvaneciéndose, hasta que se hizo el silencio. Hasta el ruido de los motores desapareció. Solo se oía el chapoteo del avance por el agua. Solo la plegaria por el vox.

—*Domine, libra nos...*

Augusta estaba a punto de pedir un nuevo escaneo cuando, de repente, Akemi gritó:

—*¡Han llegado! Son seis, están a mi alrededor. Se mueven despacio, pero saben exactamente dónde estoy.*

Las tres hermanas se detuvieron. Desde la distancia, Alcina respondió:

—Los tenemos, Akemi. Tenemos localizada la patrulla que se te acerca.

Con la repentinidad de un relámpago, un único tiro de bólder atravesó la oscuridad con un rugido. Se produjo el impacto contra el ferrocemento y una detonación de escombros y polvo. Desde el otro lado del vox, la voz de Akemi aullaba plegarias.

—Debemos asegurar el objetivo. ¡Corred! —apremió Augusta.

Las tres echaron a correr, chapoteando por el agua, apartando a patadas las monstruosidades que se interponían en su camino. De un lado oyeron gritos, pero la trayectoria de las hermanas era correcta y evitaron por completo las patrullas. Caia se tropezó, se levantó de nuevo, siguió corriendo. Los cinturones de munición de Viola entrechocaban.

Al otro lado del vox, el tono contralto de Alcina rugió:

—*¡Porque solo la muerte pueden esperar de vos!*

—¡Ahí! —Caia estiró un brazo, su avambrazo relucía rojo.

Y ahí estaba, delante de ellas, su objetivo. Pequeño, y solo visible bajo el círculo de luz que proyectaba la columna de arriba...

Una bandera.

La bandera con la espada en llamas de la *Estrella*, pero del tamaño de un pendón, aunque colocada de forma orgullosa y desafiante. Ante ella, cuatro guardias navales, todos con un rifle en la mano. Para evitar el charco de luz, las tres hermanas se separaron, y Viola se quedó en el centro.

A sus espaldas se originó un ruido. Los tajos escarlatas eran ahora más frecuentes, atravesaban la oscuridad como algún tipo de celebración nocturna, un festival de la luz del Emperador. Akemi volvió a gritar, una plegaria al valor. Alcina espetó nuevas órdenes.

Pero Augusta y las demás estaban allí, al borde de la luz que se interponía en su camino...

Entonces, uno de los guardias señaló hacia abajo. Las ondas que generaban las hermanas en el agua eran visibles, como flechas que indicaban claramente dónde se encontraban y hacia dónde iban. Disciplinados como nadie, los guardias alzaron sus rifles.

Akemi seguía gritando.

—Viola, cúbreme —ordenó Augusta.

Sin esperar la respuesta de Viola, pegó un salto, rodó rápidamente por el agua sobre un hombro y se puso en pie entre los soldados como si fuera una aparición de color rojo intenso. Los guardias se sobresaltaron, gritaron, pero Augusta tenía fuerza de sobra para encargarse de ellos.

Uno, teniente a juzgar por el emblema del hombro, reunió la disciplina suficiente para levantar el rifle, pero al ver el cañón

del bólter y la máscara sin rostro estilo Sabbat de la Hermana de Batalla, dio un paso atrás, soltó el arma y levantó las manos. Sus camaradas, blancos como fantasmas, hicieron lo mismo.

—Tenemos la bandera —anunció Augusta—. Hora exacta: cero-nueve-treinta-y-dos, hora solar. En nombre del Emperador, esto es una victoria.